

**Alfredo Triff**

**Barbey d'Aurevilly,  
dandi entre los dandis**



Edición: Pablo de Cuba Soria  
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña  
© Imagen de cubierta: Detalle trabajado en Photoshop de  
*El sueño de Tartini*, de Louis-Léopold Boilly

© Alfredo Triff, 2024  
Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2024

[www.editorialcasavacia.com](http://www.editorialcasavacia.com)

[casavacia16@gmail.com](mailto:casavacia16@gmail.com)

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 9798879149371

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

*A Saturnino,  
dandi melómano, sententoso y centrohabanero*

*Solo el mediocre juega a ser dandi  
imitando la imagen de un dandi*

Barbey d'Aurevilly

**Barbey d'Aureville,  
dandi entre los dandis**

Es una mañana azul y lluviosa de abril del año 1889, en el tercer piso de un edificio en la *Rue Rousselet* en París. Hay subir y bajar de agentes del orden ante la mirada atónita de algún que otro vecino. Entre murmullos, sabemos que se aprestan a bajar el cuerpo inerte de un viejo de cerca de noventa años. El susodicho fue un solterón medio loco y solitario –dicen las malas lenguas– sin amigos ni conocidos. Ha sido hallado muerto en su cama rodeado por tres felinos.

Lo excepcional del asunto es que el cadáver está engalanado con atuendo digno de la otrora gran noche parisina. Saco negro satinado y flor marchita en el ojal. Corbata blanca brocada en pequeñísimas estrellas doradas. Viste el occiso chaleco de pana verduzca y pantalón color rojizo agarrado por ribetes debajo de las botas relucientes. Sobre el pecho las delicadas manos, largas uñas ennegrecidas. Llamen la atención los puños de encaje abotonados por yugos de oro engastados en coronas. Vale notar la frente ampulosa estriada por venas, y el cabello largo (o lo que queda de él), encanecido e hirsuto, asomando a ambos lados del cuello almidonado.

En el piso, al borde de la cama está el sombrero de copa, ribeteado en seda negro, forrado de terciopelo rojo. Juzgando la posición del cadáver, pareciera que

el personaje hubiera esperado la muerte ataviado con la mejor indumentaria. Los labios matizan el rictus sarcástico que horas antes fue una sonrisa. Los gendarmes inspeccionan lo poco que queda en la habitación: la indumentaria escasa en el escaparate; hurgan en el viejo baúl entre fruslerías y papeles. En el acta de defunción aparecerá el nombre: Barbey d'Aurevilly, de profesión, escritor. Acaso no supieran que el occiso es el póstumo de la Generación de 1835.



Jules Amédée Barbey d'Aureville,  
foto de Charles Louis Mélandri (ca. 1860)



## El mito d'Aurevilly

Nacido en 1802 en Saint-Sauveur-le-Vicomte (pueblo desconocido si no fuese por su cercanía a Cherburgo), Jules-Amédée Barbey d'Aurevilly fue no sólo crítico de importancia –además de novelista– sino árbitro de elegancia y modales. Aunque se dice que su linaje noble no era más que invención propia, Barbey fue siempre normando de pura cepa. Realista en espíritu y estilo, individualista irreformable, enemigo de la democracia y el materialismo, amén de católico ardiente e impredecible. Se cuenta que Barbey reveló haber llegado a París una tarde lluviosa de 1830, arropada en una tenue neblina. Se aloja en un hotelucho de la Rue de Jardinnet, e inmediatamente adivina que ha llegado al pasado presente: Roma, siglo XIX.

Cualquier cosa puede ocurrir en la urbe del arte. Víctor Hugo domina las letras desde el “gran cenáculo” (con los Deschamps, Boulanger, Alfred de Vigny, Sainte-Beuve), foco de efusión fraternal donde todos se tutean. Ideólogos, con Saint-Simon a la cabeza, desde la revista *L'Industrie*, apoyan un socialismo aristocrático y sensualista, mientras los simpatizantes de Chateaubriand defienden el sentimentalismo religioso. Después de la crisis política que desemboca con la Revolución de 1848 y la abdicación de Luis

Felipe I de Orleans, vienen tiempos de apogeo económico. Se forja la llamada Segunda revolución industrial y el auge de una nueva y pujante burguesía. En breve la capital francesa se reconstruirá bajo la guía del barón Georges Haussmann, riguroso planificador, quien recibirá un mandato de Napoleón III: ¡Modernizar a París! Un periodista de la época detalla la novedad:

El sello de Haussmann son las fachadas entre el 8vo y 9no distrito, de edificios uniformes, rematados con piedra caliza color crema, cuya altura es proporcional al ancho de la vía, sin sobrepasar las seis plantas, cotejadas por los bellos tejados de inclinadas mansardas de metal.

Imaginemos por un momento la *Ville Lumière* sin enclaves como el Bosque de Bolonia, el Jardín de Luxemburgo, el bulevar de Sebastopol, El puente de los Inválidos o la Place de l'Etoile.

Baudelaire se une a ese sentimiento moderno de rechazo a la tradición en *Salón de 1846*:

La época es rica en temas poéticos y maravillosos, como las escenas de la alta sociedad junto con las de las miles de vidas desarraigadas que rondan el submundo de una gran ciudad, los criminales y las prostitutas. Lo maravilloso nos envuelve y nos llena igual que la atmósfera; pero no podemos verlo.

París vive un período de grandes síntesis. La poesía se debate entre el lirismo umbroso y depresivo de Desbordes-Valmore y la frenética extravagancia de

Petrus Borel. A punto irrumpirá un nuevo esteticismo: *L'art pour l'art*, que Teófilo Gautier definirá magistralmente en el prefacio a *Mademoiselle de Maupin*:

Nada de lo que resulta hermoso es indispensable para la vida. Si se suprimiesen las flores, el mundo no sufriría. ¿Quién desearía, no obstante, que ya no hubiese flores? Todo lo que es útil es feo, porque es la expresión de alguna necesidad y las del hombre son ruines y desagradables, igual que su pobre y enfermiza naturaleza. ¿El rincón más útil de una casa? ¡La letrina!

Las animosas reuniones de artistas y escritores en la Rue de Doyenné, frecuentadas por poetas como Gérard de Nerval, o críticos como Sainte-Beuve y Bourget se han convertido en objeto de nostalgia. La invocación mágica es *La jeune France*, describiendo la nueva especie de bohemio aventurero, diletante y extravagante. Hay que añadir: esta segunda bohemia es anglófila, byroniana y aristocrática.

Se discute en serio la esencia del ideal romántico: ¿De Vigny o Stendhal? París es el centro musical de Europa, con Berlioz, Chopin y Liszt. Los dos últimos encarnan la idea del virtuoso, dueño de una artificialidad técnica pasmosa –además de compartir las maneras típicas del dandi. Chopin, fundador de un nuevo pianismo y decano del buen vestir, es grácil e impertinente como sus Mazurcas (escuche la 1ra del opus 59, en la menor). Por si fuera poco es el amante de la celeberrima George Sand. Liszt, pianista brillante, es ejemplar de donosura, o como apuntara un biógrafo

de la época, “vanidad hecha persona”. La primera estrella pop del siglo, el genio húngaro resulta “virtuoso *extraordinaire*”, “profeta de la música”, alguien que dijo de sí mismo: *Le concert c’est moi*.

En la pintura, Delacroix deleita a los estetas por su nuevo y atrevido uso del color. Camille Corot impresiona a la crítica con un tipo de paisajismo realista hecho al aire libre. Es la ciudad de los salones, donde también se escuchan las voces de escritores proclives al dandismo: el Balzac voraz, fanfarrón y derrochador; el Stendhal locuaz y polémico; amén del Musset arruinado por la bebida. París de excesos, metrópoli donde hasta el mismísimo Satanás tiene un periódico.

Para 1837, d’Aurevilly escribe crítica en periódicos. Qué hace con su vida es un enigma, y es menester que así sea. ¿No se ha dicho que donde termina el misterio comienza el mito? Amigo de Maurice de Guérin, poeta maldito, y Chateaubriand, dandi realista que influenció a tantos jóvenes de la época, Barbey decide emular a sus héroes (aunque en el caso de nuestro crítico, tal ideal requiere no solo escribir, sino encarnar lo que escribe). Su prosa cáustica lo encumbra y le gana enemigos. Víctor Hugo lo llama *formidable imbécile*, a lo que Barbey responde: “Hugo, imbécil con genio”. Su estilo crítico –sino en su tiempo, con el tiempo– fue descrito por contemporáneos y predecesores a base de litotes: “brutal y exquisito”, “violento y delicado”, “amargo y dulce”; o esta larga ristra: “embrujada poción de flores, serpientes, sangre de tigre y miel”. Son los tiempos en que su fama crece y se le considera Condestable de la literatura.

Mejor decir que d'Aurevilly escribe dándicamente, es decir, todo contradicción y vuelo.

Desde lo literario, ¿qué peca más, la banalidad, la frialdad o la prosopopeya? La virtud se alimenta de lo bombástico y sutil, lo apasionado y frío, lo escandaloso e ilícito. El dandi es porfiado. Compasivo se es sólo con el genio. Es cierto que Barbey fue impulsivo en acusar a Zola (si bien la estética de ambos no era tan disímil), le molestaba demasiado la sensibilidad por momentos mística del autor de *Thérèse Raquin*. La prosa naturalista adolece de un flujo hiperbólico (Zola lo llamaba *hypertrophie du détail vrai*), afiliada a la estridencia del decadente. Barbey fue implacable con los parnasianos, a quienes posiblemente regaló el epíteto. Sin embargo, reconoció las grandezas de Balzac, Poe, De Maistre, Stendhal y Baudelaire, mucho antes de que fueran apreciados por el gran público.

Desde su tribuna literaria, d'Aurevilly cubre una buena parte del siglo XIX, la Primera Restauración, la Segunda República, el Segundo Imperio y la Tercera República, contribuyendo a una visión decadente, cercana a la afectación simbolista finisecular. Joris-Karl Huysmans lo disfruta tanto que concluye el capítulo XII de *À rebours*, alabando el estilo de *Les Diaboliques*. Incluso, es difícil imaginar que Baudelaire pudiese haber escrito su propia teoría sobre el dandi sin la influencia de Barbey. ¿Cómo pudo arreglárselas para crear la leyenda? Diríase que con enorme sacrificio, pues rico no era. De haberlo sido, no hubiera escogido la vida del dandi; sencillamente no hubiera significado un reto. Entiéndase, todo desafío entraña

una provocación. Para el espíritu del genio se requiere ser lo más difícil.

Aclaremos la diferencia entre el dandi y el escritor dandista. El primero vive su mito, el segundo hace de ese mito vida y escritura. Adoptemos al escritor de *Un Prêtre marié* como paradigma de esa quimera, aunque no es el único. Están los genios de De Musset, Gautier y Baudelaire. Barbey sin embargo, intuye una esencia más allá de lo que otros califican de frívolo. Descubre una dignidad detrás de las apariencias, un afán espiritual allende del exceso. D'Aurevilly es quizás el primero en escribir con justeza crítica, sobre el fenómeno que encarnaría la quintaesencia del hombre moderno, ejemplificándolo en un autor más joven, Baudelaire.



Charles Baudelaire, foto de Etienne Carjat (1866)

# ÍNDICE

## **Barbey d'Aurevilly, dandi entre los dandis**

- Es una mañana azul y lluviosa...* / 13  
El mito d'Aurevilly / 17  
I. Brummel “el bello” y el mito bayroniano / 25  
*Mal du siècle* y el *Honnête homme* / 29  
¿Quién va, Gautier o Baudelaire? / 31  
*Anti natura* como prólogo a la decadencia / 35  
El paraíso artificial / 39  
II. *Qu'est-ce que l'élégance* / 45  
Dandismo como abominación / 49  
El placer del dandi, ¿físico o estético? / 55  
La vena apolítica del dandi / 57  
III. El dandi decadente / 59  
La autopoiesis del dandi / 63  
Conclusión / 65

## **Noche de dandis en el Salón de la Baronesa Almaury de Maistre**

- Primera parte / 71  
Segunda parte / 81